

UCRANIA

JUAN CARLOS MORENO PIÑERO

DIRECTOR DE LA FUNDACIÓN ACADEMIA EUROPEA E IBEROAMERICANA DE YUSTE

Nota bene.- Por necesidades de la edición del boletín, los artículos se escriben con al menos dos semanas de antelación a la fecha de su publicación. El lector sabrá entender que este artículo se escribió a principios de febrero, antes de la invasión de Ucrania por Rusia, y que por tanto algunos aspectos que en el mismo se plantean como conjeturas, desgraciadamente se han hecho realidad.

Lo hemos oído tantas veces que ya forma parte de nuestras vidas. “Europa no se hará de una vez”, proclamó Schuman, y esas siete palabras sonaron en su día a gloria en medio del fragor inacabado de una Europa derrotada, deprimida, triste y pesimista.

La historia que sucedió después es bien conocida. Se trataba del reto ilusionante de levantar una Europa unida y en paz, y para conseguirlo debería jugar un papel fundamental la producción del carbón y del acero. El uso tanto del uno como del otro era necesario para la reconstrucción material y su control imprescindible para evitar un uso bélico porque —afirmaba Schuman— “la solidaridad de producción que así se cree pondrá de manifiesto que cualquier guerra entre Francia y Alemania no solo resulta impensable sino materialmente imposible”. De este modo surgió la CECA y después vendrían la Europa de los seis, la Europa de los nueve, la Europa de los diez y de los doce... y así hasta la Europa de los veintiocho que se quedaron en veintisiete, una comunidad que aspiraba a ser una unión forjada a golpe de diálogo con interminables reuniones políticas que abarcaban la agricultura, el medio ambiente, los transportes, las telecomunicaciones, la libre competencia, la libre circulación interior de personas, capitales y mercancías, una política exterior común... Muchos impulsos, muchos retos por cumplir, alguna deserción pero, en líneas generales, se avanzaba aunque fuese en zig-zag. Si la Creación se culminó en seis días —el séptimo fue de descanso—, Europa no se iba a hacer en menos tiempo y ese consuelo nos reconfortaba.

El proyecto de una Europa unida surgió ante todo como una vacuna que debería inmunizarnos ante una futura guerra que, dado nuestro historial, bien podría repetirse. Sin embargo, cuando la posibilidad real de un conflicto bélico se ha manifestado a través de los primeros y preocupantes síntomas, comprobamos abatidos que la vacuna resulta ineficaz. Y no es que el virus bélico haya mutado porque, con ligeras variantes, siempre es el mismo, y si no basta con que recordemos el Acuerdo de Munich de 1938. Entonces la región de los Sudetes, perteneciente a Checoslovaquia, era pretendida por la Alemania nazi bajo el pretexto de que la mayoría de sus habitantes eran de lengua alemana y que se adentraba en territorio germano. El 30 de septiembre de aquel año se reunieron los jefes de gobierno de Alemania, Italia, Francia e Inglaterra para acordar satisfacer los anhelos del Tercer Reich de anexionarse los Sudetes, pacto que sería el único modo —dijeron los incautos Chamberlain y Daladier— de evitar una guerra. Siendo grave aquel acuerdo, aún lo era más el hecho de que se adoptara *inaudita parte*, esto es, sin la presencia del país afectado, Checoslovaquia, a quien no se le permitió tomar parte en las negociaciones pese a que otros estaban repartiéndose vergonzosamente su territorio, al que fragmentaban y regalaban a un tercero. La consecuencia fue, además de la anexión, el exilio de numerosas familias y la decepción más absoluta del pueblo checo, encabezado por su presidente Edvard Beneš, ante la cobardía de las potencias europeas que se plegaron a los deseos de Hitler. Pero como la voracidad del ogro es siempre insaciable, once meses después Alemania invadió el resto de Checoslovaquia.

Tristemente pueden comprobarse ciertas similitudes con la actual situación en Ucrania. Putin quiere apropiarse de esta república que un día no lejano fue parte de la URSS con razones —lamento no encontrar una palabra más precisa— parecidas a las empleadas por Alemania con los Sudetes. Este es un asunto que trasciende de lo estrictamente nacional e incluso de lo bilateral: se trata de un problema que nos afecta especialmente a los europeos y en el que todas las partes implicadas tienen algo de

razón y mucho de sinrazón. No se trata de una película de buenos y de malos, que quedan ya relegadas a los viejos cines de barrio. En el actual escenario prebélico, la Unión Europea parece afónica pese a los denodados esfuerzos de Borrell, quiere hablar en una mesa en la que nadie le escucha porque cuando intervienen Rusia y los Estados Unidos de Norteamérica no cacarean más gallos en el gallinero. EEUU pretende ser el portavoz único y exclusivo del llamado “mundo occidental”, pero no defendiendo los intereses de este sino los suyos propios; Vladimir Putin está convencido de que la Unión Europea no irá más allá de la verborrea y de las enérgicas protestas propias de quien quiere decir algo pero sabe que del pataleo no puede pasar. Rusia valora mucho que tras algunos años en los que ha estado a punto de descender de categoría se la considere ahora una temible superpotencia que tutea a los Estados Unidos sentándose solos a una mesa Antony Blinken y Serguéi Lavrov, y segundos fuera. Unamos a esta debilidad la realidad de que la Unión Europea no está aguantando el envite y que empieza a zozobrar y a disgregarse. Así hay que considerar el hecho de que algunos líderes europeos estén queriendo salvar al soldado Ryan por su cuenta. Macron llama a Putin y se hacen un reportaje fotográfico teniendo como imponentes escenarios de fondo al Elíseo y al Kremlin. Es cierto que estamos inmersos en la presidencia de turno francesa y que alguna responsabilidad tendrá por ello su jefe de Estado, pero no es menos cierto que en abril hay elecciones presidenciales en Francia —esto es solo un apunte informativo carente de maldad—. Draghi, por su parte, también ha llamado al mandatario ruso y, aunque sin duda le habrá transmitido su preocupación, de paso ha obtenido la garantía de suministro de gas ruso a Italia, en la que hace frío en invierno por muy país meridional que sea. Y Johnson también ha hablado con Putin. Él no quiere estar en la Unión pero no se va a perder una ocasión como esta de tener protagonismo cuando, además, igual puede desviar la atención o hacerse perdonar ciertos deslices más o menos domésticos cometidos durante la pandemia. Por otro lado, Orbán, primer ministro de un país miembro de la UE y de la OTAN, no es que haya telefonado a Putin

sino que ha ido a verle al mismo Moscú —no hay nada como un *face to face* al abrigo de un buen vodka— y para aprovechar el viaje parece ser que le ha pedido estabilidad en el suministro de gas a Hungría y también algo sobre la construcción de una central nuclear porque los amigos estamos para eso —¿verdad Vladimir?—. Erdogan se ha propuesto como mediador; nadie duda de sus buenos deseos de construir la paz, especialmente porque Turquía mantiene viejos lazos con Crimea, pero ya de paso ha aprovechado la coyuntura para venderle drones armados a Kiev y Ucrania le ha correspondido vendiéndole motores para los drones turcos, y para compensar la balanza el gobierno de Erdogan le ha comprado a los rusos una batería de defensa antimisiles y le ha encargado otra—*si vis pacem para bellum*—. Incluso el Papa Francisco ha pedido oraciones por Ucrania “porque merece la paz” y se ha ofrecido a mediar —a pesar de que el consumo de gas ruso en el Vaticano es escaso—. Por si faltaba alguien en esta tragicomedia, parece ser que Bolsonaro viajará a Moscú para hablar con Putin —¿quién da la vez?— y Putin, harto de ser anfitrión, ha tomado un avión y se ha ido a China, coincidiendo con la inauguración de los Juegos Olímpicos de Invierno —ya sabemos que en la antigua Grecia cesaban las guerras durante los juegos aunque entonces aún no se habían inventado los de invierno—.

Y si todos los anteriormente mencionados ganan algo, ¿quién pierde? En mi opinión, a esta altura de la crisis, hay tres claros perdedores: la Unión Europea como tal, los europeos y el pueblo ucraniano. La primera porque ha visto empequeñecido su peso específico en el concierto internacional de modo alarmante y ya adulta se ve sujeta a una patria potestad prorrogada o rehabilitada. En este conflicto, la Unión Europea carece de una voz audible y los mandatarios de los principales países socios van actuando individualmente en una carrera para ver quién gana el próximo Nobel de la Paz. Los europeos perdemos también porque nuestra dependencia de Rusia, especialmente la energética, nos tiene aprisionados y porque en caso de que estalle el

conflicto lo será aquí, en nuestro suelo. Por añadidura, crecerá el euroescepticismo pues seguramente habrá quienes piensen que de qué nos vale un carísimo antídoto si cuando llega la enfermedad no la cura ni tampoco la previene. Y el pueblo ucraniano pierde irremisiblemente porque lleva años de dolor y, salvo que alguien de aquí o de allá lo remedie, tendrá que hacer frente a una invasión ante la mirada pasiva de casi todos, de unos porque no quieren y de otros porque no pueden. El vaticinio del primer ministro ucraniano Volodímir Zelenski ha sido muy duro: “esto no va a ser una guerra de Ucrania y Rusia, esto va a ser una guerra europea, una guerra en toda regla”. Si desgraciadamente llegara a suceder, nos lamentaríamos de que lo que el carbón y el acero unieron, el gas lo haya separado; el gas y otros intereses más, obviamente.

Es hora de que Europa, que hace siete décadas dijo “no se hará de una vez”, diga ahora a la guerra “no, de una vez”.